

RECUERDO DE UN AMIGO Y UN GRAN MEXICANO: JORGE CARPIZO

María de los Ángeles MORENO URIEGAS

No es fácil agregar algo cuando se trata de honrar a un amigo, que nos ha dejado, que fue entrañable y tan reconocido como Jorge Carpizo. Si bien con el tiempo aprendemos que el vacío de la presencia física se ocupa conservando en la memoria su vida y su obra, también es verdad que, de cuando en cuando, extrañamos imágenes que, por tenerlas tan próximas, no las procuramos suficiente. De Jorge Carpizo extraño su sonrisa de niño, su sabiduría y sencillez al transmitirla, su entrecejo adusto si de exhortar o aconsejar se trataba, y la enérgica tonalidad de su voz, si encontraba tozudez o necesidad del otro, convertida en muralla para avanzar.

Mi amigo, el excelente abogado, Jorge Carpizo, nació en San Francisco de Campeche, hijo de Óscar Carpizo Berrón y Luz María McGregor Dondé, quienes como padres, sin duda entendieron el significado profundo de educar. Jorge siempre lo reconoció, pero recuerdo, de manera especial, el discurso que pronunció cuando por cumplir medio siglo de vida, el Instituto de Investigaciones Jurídicas organizó el “Simposio Internacional sobre Problemas Actuales del Derecho Constitucional”, bautizado con su nombre.

En esa célebre ocasión, Carpizo dijo en el momento de la inauguración: “Gracias a mis padres, que me han dado su ejemplo de honestidad y responsabilidad y que siempre cuidaron de otorgarme una buena educación y una sólida preparación profesional. Gracias a mis nueve hermanos y mis sobrinos por integrar la familia solidaria que es el tronco de mi existencia”. Al recordar estas palabras, no puedo menos que pensar cuánta falta hacen en este siglo XXI muchos más troncos que formen mexicanos capaces de reconocer sus orígenes, sus capacidades y responsabilidades, así como sus propias limitaciones, no para arredrarse, sino para partir de ese punto hacia una superación constante.

El hecho de mencionar que publicó veintiún libros, ochenta y siete artículos, más de quinientos ensayos y obras de menor extensión es, además de un reconocimiento, una invitación, sobre todo a las nuevas generaciones,

para acercarse a la lectura de lo que él con tanta inteligencia elaboró. Jorge compartió conocimientos con todos los que le rodearon, curiosidad científica y una permanente inquietud por saber más y alcanzar otras latitudes: le encantaba viajar, pero igualmente amaba su tierra: “llevo a Campeche en la sangre”, decía con frecuencia, a la par que reconocía el valor de la cultura de su tierra natal.

Jorge Carpizo era un hombre generoso y, entre otras cualidades, practicaba la equidad, el respeto de su relación y trabajo con mujeres. No pocas veces mencionaba elogiosamente a varias de sus paisanas, como Concepción Durán Lanz, Teresa García de Aza, y casi siempre a sus maestras de diversas etapas formativas.

Por supuesto, destacaba el mérito de campechanas, como María Lavalle Urbina y aceptó, hasta el último de sus días, la sabiduría que da la edad, en la recia fortaleza de doña Lucerito, su madre. Jorge Carpizo rebasó el discurso coyuntural, para demostrar en su vida y su trabajo la importancia de la presencia femenina. Su rectorado se distinguió por el elevando número de mujeres en posiciones de primer nivel. Clementina Díaz y de Ovando, Graciela Rodríguez, Arlette López Trujillo, Patricia Galeana, Graciela Arroyo de Cordero, Cristina Barros Valero, Lilia Cisneros Luján, Beatriz Barros Horcasitas, Elisa García Barragán, Elizabeth Luna Trail, Fanny Piñeda, Alicia Pérez Duarte, Rosa María Álvarez, Gabriela Sánchez Luna, son apenas algunas de las que recuerdo en distintas etapas de su trayectoria.

La obra de Jorge Carpizo está en innumerables bibliotecas, entre ellas la del edificio de posgrado de la Facultad de Derecho y, por supuesto, en la del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Ambos espacios, como justa honra a su dedicación académica, llevan su nombre.

No podría decir si con igual o mayor pasión que la que sentía por su origen campechano, Jorge Carpizo nunca ocultó su veneración por la Universidad Nacional Autónoma de México.

“Traté de vivir lo mejor que pude dentro de mis circunstancias, y de servir con devoción a México y a mi Universidad Nacional”, se lee en una carta revelada después de su muerte. Ingresó a la Universidad en 1963, y concluyó su carrera de licenciado en derecho en 1967, con promedio de 9.9. Faltarle una décima para el diez que había obtenido en la preparatoria, quizás se debió al hecho de que ya como pasante —de marzo a diciembre de 1967 en la SEP— empezó a conocer la responsabilidad del trabajo. El brillante estudiante Jorge Carpizo dedicaba, como luego lo enseñó a sus alumnos, cuando menos cinco horas diarias al estudio; aunque también cumplía sus obligaciones como jefe de la sección de Becas y Colaboración Internacional de la Dirección de Enseñanza Superior. Por su buen desempeño, era

también tesorero del patronato económico de escuelas particulares, y, por supuesto, se enfrentó a una tentación por la cual muchos jóvenes abandonan o retrasan la culminación de sus ciclos formativos.

Este joven pasante ganaba buen dinero, de ahí que cuando en noviembre de 1967 el doctor Héctor Fix-Zamudio lo invitó a ser secretario académico del Instituto de investigaciones Jurídicas, aquel reconocido mentor pensó que no tendría respuesta positiva, pues los emolumentos eran mucho menores de los que la SEP le otorgaba. Regresar a la UNAM, no solo implicaba menos ingresos; quizás el trago más amargo era despedirse laboralmente de don Agustín Yáñez Delgadillo. A partir de la lectura de su obra y el contacto con este secretario de Educación, considerado uno de los mayores expositores de la novela mexicana posterior a la Revolución, así como precursor de la novela mexicana moderna, Jorge Carpizo reforzó su convicción del poder de la palabra, del valor agregado cuando está bien escrita y de la trascendencia de las ideas si estas se plasman en documentos.

De aquel ilustre jalisciense, con quien sostuvo amistad hasta 1980, año en que falleció, Jorge Carpizo aprendió también las artes de gobernar, y sobre todo la importancia de la visión educativa. Agustín Yáñez, maestro por excelencia, enseñaba a sus alumnos, formales y no formales, que “el valor de aprender haciendo y enseñar produciendo” era fundamental.

Imposible imaginar en ese modo de cosas, que hubiera, como hoy, millones de jóvenes sin estudiar y sin trabajar. Por eso Jorge Carpizo se ocupó de los jóvenes, impulsó con becas a los más destacados, les exigió a todos —los brillantes y los medianos— por igual, resultados, y, lo que es más importante, se comprometió con ellos, muchos de los cuales ahora ocupan puestos relevantes en la academia, en la administración pública o privada y hasta en la política.

La amistad para Jorge Carpizo fue un valor supremo. No acertaría a decir si esto o la lealtad competían, pero sí me consta que sus colaboradores leales terminaban siendo sus amigos, amigos a los cuales podía reprender si se equivocaban; pero también los distinguía siempre con la comprensión y una segunda oportunidad. Muchos de sus colaboradores empezaron siendo sus alumnos, y a todos ellos los cominó siempre a ser autocríticos, a evaluarse, a rendir informes. Cientos de tesis de licenciatura que él dirigió y orientó son la mejor prueba de este exhorto.

Para Jorge Carpizo, el licenciado en derecho tenía la obligación de ser conocedor de muy variadas disciplinas. No puedo dejar de mencionar la inteligencia y convicción con la cual defendía el presupuesto para la educación. Jorge Carpizo fue rector de la UNAM desde 1985 hasta 1989, y en cada uno de esos años buscó que los recursos destinados a la Universidad

fueran, si no suficientes, cuando menos decorosos. Ese fue otro mérito indiscutible del amigo que hoy recuerdo.

Como subsecretaria de la entonces secretaría de Programación y Presupuesto, procuraba analizar con sumo cuidado los requerimientos de diversas dependencias, pero no puedo negar que lo concerniente a la UNAM me emocionaba. Por inclinación profesional intenté una vez tratar a la Facultad de Economía con cierta preferencia; sin embargo, el rector no tardó en convencerme de la urgencia de privilegiar otras prioridades en el rubro de la investigación, puesto que nuestra Universidad era y es, por mucho, la instancia que más investigación científica y humanística desarrolla en la nación.

Era fascinante ver el entusiasmo con el que exponía temas de avanzada en tecnologías de comunicación o de las posibilidades de descubrimiento genético o médico; ni qué decir del territorio de la filosofía o de la literatura. Confirmé en todas esas charlas, con apariencia de asignación de recursos económicos, que se movían entre el vigor de la defensa y la serenidad del convencimiento, que la UNAM es mucho más que números, escenarios sociopolíticos o diseño de normas. La Universidad es el crisol de los conocimientos para forjar el futuro, y es también la conciencia crítica de la sociedad mexicana.

El mejor instrumento para justificar lo que necesitaba la UNAM eran sus buenos resultados y la transparente información sobre el uso de los recursos.

Al paso del tiempo, y para mi fortuna, el trato formal con Jorge Carpiozo, rector de la Universidad que me formó, se convirtió en amistad sincera y admiración al hombre cabal y honesto que la conducía.

Cuando él concluyó su rectorado, pensando en sus méritos, sus amigos y colaboradores creímos, equívocamente, que buscaría un segundo periodo. Al inicio de su gestión, con energía y honestidad, presentó las Fortalezas y Debilidades de la UNAM. Todo lo plasmado en ese documento tenía como escenario las luchas de las que fue parte desde 1966, pasando por la de 1968 y 1972 hasta 1986 y 1987. La pretensión de aumentar cuotas y eliminar un pase automático, que aún hoy es uno de los factores de exclusión de muchos aspirantes con capacidades idóneas para realizar una buena carrera, fue uno de los escollos que no pudo librar. No faltaron los rumorólogos afirmando que por esa pretensión se había frustrado su reelección.

Quienes lo conocimos de cerca sabemos, como lo dijo hasta el cansancio, que él nunca aspiró a reelegirse. Los planes que se trazó los cumplió hasta donde las circunstancias se lo permitieron; en más de una ocasión ejerció la humildad reconociendo que tal vez estaba equivocado o que no era el momento para lo que él había imaginado. Rectificar cuando se tiene

el poder es quizá una de las conductas más loables del ser humano, y Jorge sabía hacerlo.

En algunos temas, sin embargo, era inquebrantable. Antes de los treinta años ya había sido abogado general de la UNAM. Su grado de investigador le permitía ciertas canonjías, como gozar de licencia con goce de sueldo. Jorge, mi extrañado y entrañable amigo, se negó a ejercer tal privilegio mientras estuvo fuera de su alma máter. Nunca el dinero fue motor alguno de sus decisiones o rumbos. Él mismo, en 2004, explicó uno de los motivos para aceptar los cargos que tuvo como ministro numerario de la Suprema Corte de Justicia, presidente de la Comisión de Derechos Humanos, procurador general de la Republica y secretario de Gobernación. “Al terminar mi rectorado consideré que era prudente y benéfico para la universidad y su nuevo rector, que me alejara transitoriamente de esta casa de estudios que tanto amo”.

En esa decisión de lejanía, también dejó de lado los beneficios económicos que su condición de exrector e investigador de tiempo completo le concedían.

Pero también señaló el otro motivo fundamental de “aceptar el generoso ofrecimiento del presidente Carlos Salinas de Gortari”, que era el de servir a México. En los meses que se desempeñó como ministro de la Suprema Corte de Justicia, a la par de cumplir con su obligación de juzgar, trabajó en diversos documentos para lograr que la Corte se transformara en una auténtica jurisdicción constitucional. Como experto en la materia, aspiraba a que la SCJ fuera un órgano adentrado expresamente en la defensa e interpretación de la Constitución. Lo que ahí inició fue la base de cuatro ensayos posteriores, mencionados por el doctor Héctor Fix-Fierro recientemente.

Así como era “trabajólico”—según la opinión de muchos que con Jorge Carpizo colaboraron—, a la par de su labor como ministro se esmeró en concluir el diseño de lo que sería la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

La figura del *Ombudsman* la conoció en los libros y durante su estancia como becario en la London School of Economics and Political Sciences, donde obtuvo en 1970 su grado de maestría. Como avezado constitucionalista, sabía el valor de la política, entendía que el buen uso de este arte estaba en riesgo; deseaba servir a México, y qué mejor momento que ese, en el cual se había propuesto, casi como monástico voto de silencio, el no expresar siquiera una opinión respecto al quehacer de la Universidad Nacional, como una forma de apoyar a su sucesor.

Al igual que muchos otros distinguidos universitarios, aceptó numerosos puestos dentro y fuera de la UNAM, “Que no busqué y siempre con la

convicción de que a través de estos encargos podía servir a mi universidad y mi país”.

Ninguna de estas funciones fue como miel sobre hojuelas. En sus tres años de responsabilidad en la CNDH le tocó resolver con valentía casos como el de Tlalixcoyan, episodio en el cual había involucrados soldados y policías judiciales federales.

Su imagen de académico se reforzó con la de defensor de los derechos humanos de junio de 1990 a enero de 1993, en que nuevamente el primer mandatario lo invitó a otra responsabilidad, esta vez en la Procuraduría General de República. Fueron varios quienes no se sintieron felices con su aceptación de este cargo. La materia penal, en los hechos, siempre está vinculada con los asuntos más sórdidos de la sociedad. Para muchos era imposible imaginar qué haría un hombre honesto, de buenas intenciones, fanático del deber ser, en una dependencia como la PGR.

Con todo y lo que se dijo, Carpizo siguió enseñando, al dar otra vez ejemplo de responsabilidad y compromiso. Sin ignorar las críticas, mantuvo su postura de demostrar el resultado de las indagatorias derivado de los hechos, en casos tan complicados como fue el asesinato de cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, el 24 de mayo de 1994. Muchos fueron los seudoargumentos que pretendieron descalificar su actuación en el caso, no solo durante su gestión, sino aun varios años después de haber dejado la función pública.

Lo cierto es que ni las presiones de grupos de poder, ni siquiera los intentos de canonización del occiso, pudieron superar la tesis sostenida por Jorge Carpizo. Él, como los buenos abogados lo saben, solo lo que puede probarse se constituye en la verdad jurídica. De ahí no se movió. Indagó, pidió opiniones, estudió, y a final de cuentas asumió el riesgo de ser vituperado por quienes estaban interesados en aprovechar el desafortunado homicidio para fines aviesos y diversos de la justicia.

Fernando Gómez Mont, a la sazón diputado, opinó que Carpizo, un jurisconsulto al cual se había ya calificado como *hombre de ideas y congruencia, individuo de leyes, recto, serio, profesional, comprometido, productivo y brillantísimo*, era veraz y valiente, aunque consideraba que debía dar mayores explicaciones.

Sería pueril desestimar que Jorge Carpizo fue un personaje controvertido y polémico; pero hay que subrayar que también fue reconocido, incluso por sus críticos, debido a su honestidad sin mácula.

Un académico en política

Contrariamente a lo que personas de corta visión definieron como un salto inexplicable, Jorge decidió aceptar diversos cargos en la administra-

ción pública, aunque siempre reiterando que él no era hombre de partido ni de poder. Carpizo, como muchos otros personajes que fueron su ejemplo, entre ellos Agustín Yáñez, Mario de la Cueva, Ignacio Burgoa, César Sélvula, quería ser útil al país.

Durante su desempeño como titular de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, después de su breve paso por el Poder Judicial, conversamos en más de una ocasión. Verdaderamente Jorge estaba feliz, y no era necesariamente porque el entonces titular del Ejecutivo consideraba a esta dependencia como una de sus principales obras; para Carpizo significaba abrir camino en una nueva manera de proteger a las personas. Ya no eran solo las garantías individuales violadas por cuestiones de proceso, era toda la persona, sus derechos fundamentales, la vida, la salud, tantos rubros que con el paso del tiempo fueron integrándose a la Constitución de la República.

La Comisión Nacional de los Derechos Humanos no nació como un acto de magia o una ocurrencia coyuntural. De manera más directa, el 13 de febrero de 1989, dentro de la Secretaría de Gobernación, se creó la Dirección General de Derechos Humanos. Su titular, el embajador Luis Ortiz Monasterio, debió iniciar la atención de muchos asuntos delicados vinculados con desaparecidos, con presos políticos, con tortura, y con refugiados.

El tema no era ajeno al rector Jorge Carpizo, pues en 1985, en el seno de la UNAM, se creó la Defensoría de los Derechos Universitarios.

El 6 de junio de 1990 nació, por decreto presidencial, la Comisión Nacional de Derechos Humanos, que se constituyó como un organismo descentrado, para finalmente ser organismo autónomo constitucional en 1992. Desde su escritorio de la oficina de casa, y haciendo más largas las jornadas de la SCJ, Jorge Carpizo utilizó mucha tinta para delinear el nuevo organismo.

Cuando de trabajar se trata, si el alma es de maestro, de inmediato se busca en las listas de alumnos a los más destacados: Rolando Tamayo Salmorán, Diego Valadés, Ricardo Méndez Silva, José Luis Soberanes Fernández, José Francisco Ruiz Massieu, fueron de los muchos que tuvieron el privilegio de abreviar de los conocimientos de Jorge Carpizo, y si bien algunos ya estaban en altas responsabilidades, muchos otros se sumaron al nuevo reto de México.

Como siempre ocurre al formar un nuevo grupo de trabajo, de pronto se tiene el privilegio de incluir personas que quizás para el responsable eran nuevas, aunque con una trayectoria valiosa. Muchos de los cuadros que llegaron a la Comisión venían de la Secretaría de Gobernación, donde, como se ha dicho, la Dirección General de Derechos Humanos era presidida por el embajador Luis Ortiz Monasterio. Respetuoso como era de la

experiencia, Jorge Carpizo lo asimiló en el inicio como secretario técnico del Consejo.

Y congruente con su vocación de inclusión de la mujer, consideró en la secretaría ejecutiva a Rosario Green Macías, personaje de méritos indiscutibles, que luego sería titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Durante esa etapa de trabajo con el gobierno participaron otros alumnos del doctor Carpizo, como Jorge Madrazo, Luis Raúl González Pérez, Alfonso Navarrete Prida y Dulce María Méndez, quienes como equipo se empeñarían en trazar el rumbo de un desempeño que se distinguió no solo por el cúmulo de recomendaciones que se cumplieron en un magnífico porcentaje, sino también por la difusión de tesis jurídicas e informes sobre el desempeño en las voluminosas y puntuales agendas, que periódicamente se elaboraban.

Imagino todo lo que pasó por la mente de mi amigo al recibir la invitación del presidente Salinas para asumir la titularidad de la Procuraduría General de República, y después de todo lo que tuvo que sortear, asumir el encargo de secretario de Gobernación, justo cuando las exigencias democráticas lo hacían responsable de organizar una elección ejemplar, además de perfilar al IFE como el organismo ciudadano que hoy conocemos. Este fue el último tramo que recorrió antes de regresar a la academia.

Gobernación

Los ansiosos de ser tomados en cuenta tejieron una serie de versiones fantasiosas acerca del porqué del paso de Jorge Carpizo por Gobernación. El sexenio de Carlos Salinas transcurría su última etapa, era noticia internacional e inquietud nacional el levantamiento en Chiapas. El alto clero insistía en su tendencia injerencista en cuestiones exclusivas del gobierno. El 10 de enero de 1994 tomó posesión como secretario de Gobernación. Más de uno le preguntó, en corto, si hubiera aceptado el cargo de saber que le tocárían asuntos tan graves como el homicidio de Colosio, el de Ruiz Massieu, varios secuestros de personajes importantes y todo lo que se tejió en relación con las elecciones próximas; como solía hacer, cuando de especulaciones se trataba, recurría al humor o a la ironía.

Lo cierto es que, sin darle más vueltas al tema, Jorge Carpizo fue invitado a ser parte del equipo de ese sexenio simplemente por sus capacidades intelectuales, por sus habilidades negociadoras y por su eficacia de manejo en las organizaciones y en lo político. Por su trayectoria, era simple y llanamente un mexicano confiable, no solo para el jefe del Ejecutivo, sino para los otros miembros del gabinete, y sobre todo para la ciudadanía.

Sin embargo, la tensión política y social de aquellos momentos casi se tocaba. De pronto se complicaba y subía, y en uno de esos tramos Carpizo decidió presentar su renuncia, y lo hizo por la convicción de que en el rumbo que llevaban las cosas no podía seguir haciendo bien su trabajo. El exrector de la UNAM no consultó con nadie más allá de su conciencia, asumiendo el riesgo no solo en cuanto a la reacción del presidente, sino la de muchos más que reaccionamos con preocupación, porque a fin de cuentas teníamos un buen secretario, en una etapa particularmente complicada de la vida nacional.

Poco fue lo que nos compartió acerca de este trago amargo. Cuando la renuncia se hizo pública, muchos intentamos hablar con él... pocos pudimos. Le expresamos amplias frases de solidaridad, argumentos de desacuerdo con su punto de vista, y en algunos casos hasta de abierta petición para que rectificara una postura tan drástica.

Como dije antes, Jorge era un hombre de reflexión y con la suficiente humildad para escuchar razones y modificar algunas decisiones.

Con el reto de organizar la elección y de unir diversas corrientes en favor de México, esta actitud valiente lo regresó a conversar con el presidente. Sería muy ilustrativo saber qué se dijeron; pero al final del día las cosas salieron bien: Jorge volvió, las elecciones se dieron sin grandes tropiezos y con gran transparencia, y cuando Ernesto Zedillo asumió el poder, lo envió como embajador de México en Francia,¹ como siempre, para servir al país.

Aun cuando no hay testimonio puntual de lo acontecido y lo acordado en esos días, sí podemos dilucidar cuál fue la postura del entonces secretario de Gobernación. Durante su etapa en la Universidad Complutense, Jorge explicaba acerca de un amplio listado de problemas de la democracia latinoamericana: “En este listado no hay pesimismo, al contrario existe verdadero optimismo”, luego de hacer un análisis de lo ocurrido en la década de los ochenta y lo que estaba transcurriendo en la de los noventa, se congratulaba de haber pasado de los régimes autoritarios y militares a los de gobiernos electos democráticamente; sin embargo, decía Jorge “también ha habido retrocesos preocupantes” derivados de “tensiones, contradicciones entre fuerzas, presiones” y conflictos entre la economía y la sociedad a causa de “las condiciones y organizaciones del funcionamiento del Estado”.

Si alguien habló de las sucesivas crisis y de la urgencia de dar respuesta a éstas, fue justamente Jorge Carpizo. Sus ensayos de derecho comparado nos llevan por la historia jurídica de México y de los países latinoamericanos a lo largo del siglo pasado hasta arribar a este proceso de internacionaliza-

¹ Junio de 1995, a enero de 1998

ción, a la revolución tecnológica, a los problemas por el debilitamiento de la soberanía del Estado, a la concentración de la riqueza y el aumento del número de pobres y marginados.

Quizá no muchos lo noten o lo conozcan, pero estudiar estos fenómenos, buscar caminos de solución a los mismos y dejar escritos sobre la materia, es también una manera de hacer política desde la academia, desde el saber, a partir de lo teórico, aunado a la experiencia, que indudablemente Jorge realizó.

Con la misma actitud que asumió cuando se retiró de la UNAM, “para no entorpecer el trabajo de sus sucesores”, Jorge resolvió dejar la actividad en el poder público, y regresó a la academia.

Un día sí y otro también, alguien lo buscaba para lograr información sobre su desempeño político. Él fue siempre firme, haciendo notar la imperitencia de preguntar cosas que ya habían ocurrido y respecto de la cuales, a los sumo, recomendaba la lectura de los ensayos o libros que escribía sobre los temas. “Estudie, lea, sea serio en sus indagatorias”, les respondía a los noveles reporteros que lo abordaban, lo mismo en pasillos del Instituto de Investigaciones Jurídicas que en foros y seminarios.

Lo público y lo privado

Pocas personas he conocido con una claridad, sin dudas, acerca de la línea que debe separar la vida privada y el desempeño público. La relación con sus sobrinos fue tan cálida como la de un abuelo, especialmente con los de la rama de su hermano Carlos.

Poco, casi nada, se hablaba en familia de los temas profesionales del doctor Carpizo. Tal vez su madre lo escuchó muchas veces, sobre todo si algo le podía afectar emocionalmente, aunque Jorge se emocionaba con muchas cosas de la vida. El siempre veía el lado positivo de lo que le rodeaba, y en esa contagiosa actitud, que al parecer la mayoría de las personas pierden cuando caminan hacia la etapa adulta, Jorge contagiaba y sacaba lo mejor de cada uno de quienes le rodeaban.

Durante sus dos años de estancia en la Complutense, estos sobrinos entrañables conocieron parques, museos y sitios que muy pocos niños del extranjero conocerían sin un guía empeñado en enseñarles cosas más allá de lo académico.

Me encantan las palabras del doctor Pedro de Vega García,² a quien Jorge respetaba como personas de experiencia, del cual aprendió aspectos

² Egresado de la Universidad de Salamanca (licenciatura en derecho 1953-1958) y obtuvo su doctorado en derecho *Cum Laude* por la Universidad de Bolonia. Por su tesis doctoral

de derecho constitucional, y también el valor de un amigo que, junto con Mercedes, no solo lo alojaron, sino le permitieron una extensión de lo que él siempre apreció como su entorno familiar.

El doctor De Vega reconoce que los tiempos actuales son de convulsiones históricas en las que no faltan los improvisados, y resalta que a pesar de ellos, hay en el mundo egregios científicos, brillantes escritores, notables políticos y mecenas, para concluir que el doctor Jorge Carpizo ya entonces formaba parte de esta pléyade de hombres distinguidos. Me gusta leer aquello de “conocedor profundo de la realidad social, política y jurídica de Hispanoamérica”, comparto los calificativos relacionados con su “brillantez como intelectual y su prestigio como académico, lo que, sin ser un hombre de partido le proyectó a la vida pública”.

Pero lo que más me emociona al leer esta pieza laudatoria es el énfasis que hace el doctor De Vega, no tanto en la obra de Carpizo, que apretadamente sintetiza, sino en sus merecimientos como persona. Su carácter y su personalidad se destacaron en medio de una circunstancia humana que el doctor De Vega resalta de la siguiente manera: “Asistimos en nuestras sociedades al fascinante, engañoso, y generalizado espectáculo de una contradicción patética...”.

“Defendemos en el reino de los principios una existencia presidida por la ética, al tiempo que proclamamos y nos sometemos sin rubor a una vida de comportamientos alejados de ella”. Don Pedro de Vega sabía que si algo definió plenamente la trayectoria humana de Carpizo fue “la defensa de los principios y la condena de las conductas negadoras de los mismos”. El universitario apasionado, el servidor público comprometido, nunca sustituyó, con ignorancia, mistificación o improvisación, la autoridad del saber. En esta época de penosa corrupción hacen falta muchos Jorges Carpizo que a la conciencia crítica agreguen el trabajo honrado, el valor para afrontar los problemas y la ética integral, y no solo teórica.

Luego de escuchar las razones de Pedro de Vega explicando el por qué de su reconocimiento en la Complutense de Madrid, Jorge respondió con una pieza maravillosa, “Para un profesor recibir un doctorado Honoris Causa siempre es y será motivo de satisfacción...”, y luego de perfilar el valor de los proponentes, agrega: “mi más profundo agradecimiento al ilustre constitucionalista y entrañable amigo...”. Y de ahí en adelante reconoce los

recibió también el Premio Luigi Rava a mejor tesis en derecho público. Ejerció como catedrático de derecho político en la Universidad de Salamanca de 1972 a 1980, para luego trasladarse a la Universidad de Alcalá de Henares como catedrático de teoría del Estado. Desde 1985, catedrático de derecho constitucional de la Universidad Complutense de Madrid.

méritos de mexicanos, latinoamericanos, iberoamericanos, a los cuales considera partícipes de su merecimiento.

Y al decir con sinceridad lo que era España para él, demuestra una vez más su cultura, al traer a colación autores y sitios que, sin falsa modestia, él si conocía. Al mencionar la satisfacción de esta en la España “que reconocemos como propia”, mencionaba al Cantar del Mío Cid, fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, Félix Lope de Vega, Calderón de la Barca, José Ortega y Gasset o Federico García Lorca, para con entusiasmo pasear a los oyentes, como lo hacía con sus nietos-sobrinos, por la Mezquita de Córdoba, la Alhambra, la Sinagoga del Tránsito, las catedrales de León o Toledo, el acueducto de Segovia o las murallas de Ávila.

Por supuesto, nunca dejaba pasar la ocasión para reconocer a los maestros, por igual a los que tuvo el privilegio de conocer en persona o aquellos de los que abrevó en los libros. Decir “gracias” es característico de quienes nacieron y se criaron en lugares cálidos y cerca de las playas, un gusto especial por la comida y la música. Del padre de Jorge supe, por relatos en corto, que disfrutaba mucho la buena mesa. Para este hombre, cada bocado era un manjar, y Jorge aprendió esto de don Óscar. He sabido de personas que dejan este plano de vida en los momentos de más disfrute de su existencia. El padre de Jorge se fue justamente después de una deliciosa comida. Y qué decir de doña Luz María: sus recetas fueron recopiladas por Mary Quiterio y editadas por Porrúa.

Por ello, no nos debe extrañar que al iniciar su alocución en la Universidad Complutense, Jorge dijera a los presentes que para él España era también la paella a la valenciana, los callos a la andaluza, la fabada asturiana, el jamón serrano, las butifarras, los turrones y los vinos de la Rioja. Si Jorge decidía comida china, al tiempo de degustarla decía cómo se preparaba el platillo y de qué regiones era cada una de las sazones y cuál era la antigüedad de cada manjar. Con frecuencia comía en el restaurante La Gruta del Edén, porque también el toque mediterráneo del libanés le producía gran satisfacción, y, por supuesto, la Tasca de Manolo. El Cardenal y muchos otros restaurantes de auténtica comida nacional eran ocasión para alejarse un poco de los problemas y el agobio del trabajo.

Lo más cercano que tuvimos muchos a la vida personal de Jorge Carpio fue la asistencia a sus divertidas bohemias, derivadas de otra de sus pasiones: la música. Además del gusto por las tertulias académicas que disfrutó desde su vida de estudiante, con maestros como Recaséns Siches, que en carne propia vivieron lo terrible de una dictadura y la importancia de la libertad, Jorge gustaba de escuchar instrumentos, voces y armonías que, a

final de cuentas, son expresión de esa otra parte del ser humano, capaz de crear, de disfrutar, de ser feliz.

Y qué decir de los viajes.³ Carpizo los planeaba, investigaba los sitios de interés y se maravillaba de todo; almacenaba en su memoria visual e intelectual imágenes, olores, leyendas, historias.

Pocas veces viajaba al margen de un compromiso académico o de trabajo, pero se daba el tiempo para intentar sentir la emoción de los poderosos emperadores chinos, o los místicos líderes espirituales indios. Para Jorge, los viajes fueron una especie de sistema de educación continua. A sus alumnos les decía que nunca deberían dejar de ser estudiantes, que su mente siempre debía estar pronta para seguir aprendiendo, y que los lugares nuevos que conocieran podrían ser no solo escenarios, sino una especie de aulas para saber otras cosas, y lo que es más importante, actualizarse en una época de cambios vertiginosos.

Jorge Carpizo, el amigo atrevido que no tenía rubor en mostrarnos las ampollas en su rostro y en su cuerpo como resultado de las alergias que padecía; el de la risa franca y abierta cuando de disfrutar se trataba y media, cuando por ese rostro intentaban salir las preocupaciones por lo que ocurría en derredor suyo, el de la sonrisa de gozo profundo en el canto o en el concierto: el del abrazo amoroso para la madre, para el hermano o para el sobrino, el compañero siempre dispuesto a compartir experiencia y sabiduría, ese es el Jorge que ya no tengo; pero cuyos discursos, escritos, palabras, están ahí como legado perenne a disposición de todo aquel que quiera saber más y que esté convencido de que cada ser humano es como una escultura, que cada día se cincela con los problemas o se adorna con los grandes y profundos momentos de gozo, de compañerismo, de satisfacción del deber cumplido.

Al momento de su muerte, el doctor en derecho había participado de 112 congresos, conferencista en muchos lugares del mundo y miembro de organizaciones reconocidas internacionalmente, estaba a punto de cumplir 68 años. Se publicó una carta, que se supone dejó escrita con este motivo. No me quiero imaginar que él presentía su partida, y aun cuando no tengo referencia de la autenticidad del documento publicado por el Grupo Milenio, sí es reconocible su lenguaje cuando dice:

Con la alegría de haber existido durante 68 años, me despido de mis familiares y amigos.

Traté de vivir lo mejor que pude dentro de mis circunstancias y de servir con devoción a México y a su Universidad Nacional.

³ *Viajes de los Carpizo en la INDIA* (UNAM).

En los cargos que ocupé siempre rendí informes públicos, presenté evaluaciones y dejé constancia de lo realizado en múltiples libros y artículos. El mejor homenaje que puedo recibir consiste en que se lean y reflexionen.

Nunca mentí ni cometí delito alguno. Cumplí con mis responsabilidades al máximo de mi capacidad y voluntad.

En mis libros y artículos, tanto los académicos como los testimoniales dejo constancia del país que me tocó vivir, servir, gozar y sufrir.

Mil y mil gracias a aquellos que colaboraron lealmente conmigo y con los valores que rigieron todas mis actividades.

Me voy amando, con todas mis fuerzas, convicciones y emociones a nuestro gran país y a su, y mía también, Universidad Nacional.

Qué diferencia de tono con el texto de aquella renuncia al cargo de secretario de Gobernación, donde señalaba que se iba “indignado y desilusionado”, a propósito de que veía que se diluía su sello de apartidista y su consecuente imparcialidad en su relación con todos los partidos políticos. Múltiples personas de los más diversos sectores hay, que ante la situación del país, “sólo están luchando por sus intereses propios o de grupo, sin importarles México”, añadió.

Así era este mexicano que, una vez concluida su misión como embajador, cumplió su propósito de no volver a aceptar un puesto político. Un hombre al cual se aplicaron calificativos, como: honesto, honorable, académico, de grandes principios, singular, polifacético, hombre de historia; pero jamás se le pudo tachar de incongruente, pues, como él siempre reiteraba, en los cargos que desempeñó, su norma fue una estricta aplicación del derecho y su transformación para perfeccionarlo, además de que su método fue “el diálogo que deriva de la razón”.